

La crónica de Ulrico Schmidl, el relato de un lansquenete

Ulises Muschiatti

A Buenos Aires la fundaron dos veces, a pesar del escepticismo de Borges, que la juzgaba «tan eterna como el agua y el aire». En efecto, sólo el segundo intento de levantar una población junto al Río de la Plata obtuvo el éxito que da la permanencia. Fue en 1580, por obra del vizcaíno Juan de Garay, que llegó desde Asunción, ahora del Paraguay, en el norte del litoral de los ríos, con unos setenta voluntarios de los que al menos sesenta ya habían nacido en el nuevo mundo. Casi medio siglo antes, la primera Buenos Aires había sobrevivido apenas cinco años desde el día de febrero de 1536 en que el Primer Adelantado del Río de La Plata, Don Pedro de Mendoza, al frente de más de 1.500 hombres y de una flota de doce navíos, diera la orden de construir unas endebles chozas de barro y una casa fuerte para él mismo a orillas del gran estuario.

Esa primera fundación no tuvo suerte, pero sí tuvo un cronista. Se llamaba Ulrico Schmidl, o Utz Schmidl, como parece que se hacía llamar por sus compañeros de empresa en la América del Sur. Se trataba de un soldado alemán, un mercenario de infantería oriundo de Straubing, en la Baja Baviera, que viajó a Cádiz en 1535 con el propósito de pasar a las Indias. Allí, Mendoza alistaba la rumbosa armada que debía conquistar la Sierra de la Plata, las tierras del Rey Blanco o la Ciudad de los Césares. El fabuloso espejismo, que retrocedía siempre hacia el horizonte a medida que avanzaban los sedientos invasores, como ha escrito el historiador francés Pierre Chaunu, estaba destinado a devorar las ilusiones de Mendoza y de los suyos.

Alemán entre españoles, aunque se identifique con el «nosotros» de los conquistadores frente a los naturales de América, Utz recuerda constantemente en su crónica esa doble otredad. Su introducción sucesiva en universos extranjeros está presente ya en el título de su obra, escrita en 1554, de vuelta en Baviera después de veinte años de aventuras en el Nuevo Mundo: «Derrotero y viaje a España y las Indias». A

España primero, para pasar luego a las Indias. El puerto en el que inicia su largo recorrido no es Cádiz, sino Amberes. Ya en este primer trayecto Schmidl empieza a contar minuciosamente las leguas que recorre, una cuenta que no ha de faltar en ninguna de las páginas de su crónica. El lugar de regreso definitivo tampoco es la Castilla a la que vuelven los indianos enriquecidos o frustrados, sino una aldea de Alemania. Allí escribe en alemán su relato americano, inventando neologismos para reemplazar la falta de vocablos que en su lengua madre pudieran designar objetos y costumbres conocidos entre pueblos exóticos, pero también entre españoles.

El relato ascético, económico, directo, que Schmidl compone para su público centroeuropeo parece no tener la intención de realzar méritos propios o ajenos, ni la de exagerar hazañas. Tampoco la de obtener del rey una retribución por sus servicios, ni la de describir una naturaleza o unas fortunas grandiosas que él ha tenido la audacia de ir a descubrir y conquistar. Cualquiera de esos rasgos lo emparentaría por cierto con otros cronistas de Indias. Pero la suya parece más bien la despojada narración oral de un soldado, franco, a veces pudoroso, a veces un poco brutal, que se limita a señalar hechos. No existe en el texto nada que pueda llamarse el estilo del autor, escribía en 1938 Edmundo Wernicke, un estudioso argentino de origen alemán que tradujo directamente la obra de Schmidl del manuscrito original: «Corresponde hablar de dicción emitida por un hombre del pueblo que llevaba veinte años de ausencia en Indias sin hablar ni leer su lengua patria», precisaba¹.

Sin embargo, hay un punto en el que Wernicke reconoce a Schmidl una rara exactitud lingüística. Cuando los conquistadores acaudillados por Pedro de Mendoza desembarcan en la costa sudoccidental del río extenso y dulce al que llaman Paraná Guazú, levantan allí el asiento al que dan por nombre Buenos Aires. *Wonna aiere*, escribe el cronista, en una tentativa de dar al nombre español una forma pronunciable por sus lectores. Y en seguida traduce: «esto, dicho en alemán, es *buen viento*». Schmidl «se compenetró bien del idioma castellano», elogia Wernicke, «pues aquí da a conocer el verdadero sentido de la voz de *aire* como de *viento* y tan luego *buen viento*»². El soldado alemán entre españoles, sin saberlo, oponía sus razones a la que sería una persisten-

¹ Schmidl Ulrico, *Derrotero y viaje a España y las Indias, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1938, nota del traductor.*

² *Ibidem.*

te leyenda en los siglos posteriores. Se trataba del buen viento que los había llevado hasta su destino, y no de los buenos aires que se dejaban respirar a orillas del Plata. Ni una palabra acerca de la virgen protectora de navegantes, a la que la devoción de Mendoza atribuía precisamente ese buen viento.

Nosotros los peones

Es que Schmidl no sabía, ni pretendía saber, cuáles eran los pensamientos de su capitán, ni qué cosas sucedían en las proximidades del Adelantado. Toda su memoria es el relato de aquello que se ve o se oye desde el lugar del soldado raso, del peón de la conquista. Tal vez baste como ejemplo la narración de los hechos que condujeron a la ejecución de Juan Osorio, antes de que la flota llegara al Río de la Plata. La tragedia, que debió comentarse y aun discutirse con intensidad entre los hombres de la hueste, ha sido reconstruida con alguna precisión por los historiadores.

Osorio, un joven veterano de las guerras de Italia, había sido nombrado maestre de campo de la expedición por el mismo Pedro de Mendoza, de quien era compañero y amigo íntimo. Tenía fama de valiente, y según parece era un poco bravucón y suelto de lengua. Pero sobre todo era querido y respetado por los hombres de la hueste. Es probable que esa popularidad no haya sido ajena a su suerte: el maestre de campo resultó víctima de una intriga tramada durante la travesía del Atlántico por varios capitanes entre los que sobresalía Juan de Ayolas. Ellos convencieron a Pedro de Mendoza de que Osorio urdía una conspiración en su contra y de que alentaba a los soldados a desobedecerle³.

Mendoza padecía del morbo gálico, o mal francés, o napolitano, según los muchos nombres con que en el siglo XVI se conocía a la sífilis, y viajaba recluido, atormentado por los dolores que le causaban las llagas. Tal vez por eso, impotente y desesperado, el Adelantado se dejó ganar por las intrigas y fulminó con una tremenda sentencia a su antiguo amigo, que no estaba siquiera enterado de que se lo estaba juzgando: «Fallo que do quiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan Osorio, mi maestre de campo, sea muerto a puñaladas o

³ Torre Revello, José, *La fundación y despoblación de Buenos Aires (1536-1541)*, Buenos Aires, 1937.

estocadas o en otra cualquier manera que lo pudiere ser, las cuales les sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes, al cual declaro por traidor y amotinador...»⁴

La ejecución, o el crimen, tuvo lugar en la playa de Río de Janeiro, junto a la tienda en la que descansaba el jefe de la expedición, en presencia de muchos de la hueste. En ese lugar, al que en su crónica llama *Riogenna*, Schmidl presenció el desenlace de un drama cuya urdimbre ignoraba, y que supuso acababa de gestarse, según se desprende de su relato: «Allí estuvimos cerca de catorce días; entonces el don Pedro Mendoza hizo que su propio hermano jurado que se llamaba Juan Osorio nos gobernara en su lugar, pues él estaba siempre enfermo, descaecido y tullido. Entonces el susodicho Juan Osorio fué calumniado y delatado ante su hermano jurado don Pedro Mendoza como que él se rebelaría junto con la gente contra él. Por esto ordenó don Pedro Mendoza a otros cuatro capitanes ... que a susodicho Juan Osorio se le matara a puñal o se le diera muerte y se le tendiera en medio de la plaza por traidor [y que fuera] pregonado y ordenado bajo pena de vida que nadie se moviera ...». Entonces, en el texto casi siempre impasible y prescindente del cronista se filtra un juicio de valor, y en seguida el fundamento de ese juicio: «... se le ha dado la muerte injustamente, ello bien lo sabe Dios; ... él fue un recto y buen militar y siempre ha tratado muy bien a los peones»⁵.

Años después, cuando el desengaño y las penurias se han llevado casi todas las ilusiones respecto de lo que el mundo nuevo deparaba a aquellos hombres, y cuando muchas de las diferencias jerárquicas entre ellos han sido ya sepultadas por revueltas y luchas de facciones, Schmidl sigue observando los hechos desde el punto de vista de los hombres de abajo. Así, cuando Domingo Martínez de Irala, a quien nunca deja de llamar «nuestro capitán», entrega el mando de Asunción a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, ungido por «Su Cesárea Majestad», detrás de su texto casi puede escucharse a la tropa mascullando su disconformidad: «Esto no lo entendieron muy bien los soldados», anota.

Alrededor de 1552, por fin, en el momento en que la conquista del Río de la Plata encuentra definitivamente los límites que le señalan la

⁴ Citado por Salas, Alberto y Vázquez, Andrés, en *Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias Meridionales*, Buenos Aires, 1963.

⁵ Schmidl Ulrico, *Derrotero y viaje a España y las Indias*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1938. Todas las citas de Schmidl que se incluyen en adelante han sido tomadas del mismo libro.